Amor deforme

María José LG

Image not found.

Capítulo 1

Hay cosas de las que no se vuelve, cosas que te marcan, que te cambian o que te matan

Cuando llegaste, todo empezó a verse bien, tan bien que hasta los problemas que tanto me habían atormentado noche a noche, durante años, comenzaron a desvanecerse de repente, como si tan sólo hubiesen sido nubes grises en un día que duró mil estaciones.

Mi desesperanza en el mundo iba desapareciendo conjuntamente crecía la ilusión. Me sentía muy bien, porque podía decirme a mi misma que era feliz y realmente no recuerdo habérmelo podido decir antes, más que por cuestiones momentáneas. Fue raro sentirme en ese estado. Recuerdo que era como un desconocido éxtasis de almíbar en mi boca. Desee morir y quise morir, no porque era una patética mujer infeliz, como siempre lo fui, al contrario, era porque estaba en mi estado pleno de felicidad, y si hay una buena manera de morir, creo que es esa.

Siempre me dije a mi misma que la felicidad no tiene que basarse en una persona, que esa es una manera estúpida de serlo. Yo, por ejemplo, siempre planee ser feliz con un buen trabajo y todas esas metas que se cumplirían cuando tuviese dinero, sin embargo, caí en lo que alguna vez aborrecí. Debe ser por cosas como estas que dicen que Dios se ríe de tus planes.

Recuerdo que como eras el único que me completaba y que causaba ese insomnio de mi realidad, comparable a una ceguera temporal; eras a la única persona que deseaba ver. Repentinamente mis amigos empezaron a no ser tan entrañables, como lo eran antes, sin embargo eso no significaba que no me importasen, sólo denotaba que prefería pasar el rato con vos. Al mismo tiempo, todas mis metas y sueños, fueron escondidos y guardados en algún lugar de mi ser y en cambio, el único deseo que tenía era de vos. Vos eras lo único que importaba, el único al que quería.

Toda esta embriaguez se produjo porque jamás había confiado tanto en alguien y tampoco nunca me había sentido tan atraída por alguien, tan amada, tan comprendida. Jamás amé tanto a alguien, en lo que se refiere al amor pasional, como a vos. Sentí que eras un ser perfecto, que eras lo que siempre había buscado y finalmente tenía. Eras la perfección en persona.

Pensé, torpemente, que siempre me ibas a amar como lo hacías. Creí que jamás me ibas a abandonar y que siempre ibas a estar para mí como lo hiciste aquella vez, en la que me sentía tan mal que te llamé y prácticamente viniste corriendo, como si se tratara de tu propia vida.

Viniste lo más rápido que pudiste, me abrazaste y comencé a llorar, como nunca antes lo había hecho en brazos algunos. Recuerdo que hablamos por horas, mientras me secabas las lágrimas y me dabas besos. Dulces besos. Supuse que eternamente sería así, que tus brazos siempre iban a desprender ese calor especial, tanto como creí que esos ojos y que esa tierna boca jamás me mentirían.

Sin embargo, no fue así. Con el tiempo, todo empezó a cambiar. Quizás comenzó con las esperas. Sí…las esperas. Las putas esperas de todo y por todo. Esperas que jamás concluyeron para mí.
Una de las primeras esperas que padecí y que hasta este momento padezco, son las de las llamadas. Antes, siempre nos dormíamos hablando por teléfono, el uno con el otro. Era increíble, podían pasar horas en las que no hablábamos de nada importante. Ahora, en cambio, pasan horas sin que llames y hay noches en las que no sé de vos, ni vos te interesas por mí.

Luego, empezó el tiempo no dedicado. Tus ganas de verme empezaron a disminuir, los lunes ya no eran sábados, ni el día, noche. Al contrario, los sábados se convirtieron en lunes y la noche en día. Siempre estabas tan ocupado para mí y yo siempre me encontraba tan lastimosamente disponible.

Empecé a descubrir las mentiras en tus ojos y las falsas palabras que salían de tu boca. Fue ahí cuando me di cuenta que al fin y al cabo, nadie es perfecto y que inútilmente había creído que vos alguna vez lo fuiste.

Después de todo esto y mucho más , mi tregua de depresión fue volviendo de a ser guerra. Nuevamente empecé a ver el mundo con los ojos de antes porque la venda ilusoria que los tapaban se cayó cuando dejé de creerle a tus ojos, cuando los dejé de mirar como si fueran lo único para ver. Al caerse la venda, te vi. Lo primero que observé, fueron tus manos, a las que noté absurdamente extrañas, porque en ellas habían aparecido espinas grandes y puntiagudas, que cada vez que me tocaban me hacían daño. Mas admito que buscaba esas caricias, porque aunque tenían a esas dolientes de un lado, del otro eran tan suaves como el pétalo de una rosa.

Tus ojos, por otro lado, ya no eran claros ni tenían ese hermoso tono cristal o ese brillo que parecía una lágrima. Los noté negros y no encontré pupila alguna.
Lo peor fue cuando se te empezaron a deformar las palabras. Eso fue lo que más dolió. No me importaba el cambio brusco de tus manos, ni de tus ojos, ni siquiera la flaqueza de tus brazos, esos que alguna vez habían sido mi sostén de la vida y mi protección contra el mundo. Lo que realmente me destruyó fue el saber que tus palabras ya no eran santas, sino deformes.

Empezaste a mentirme en cada detalle, y especialmente en los "Te amo", cuando los decías yo sabía que no eran totalmente ciertos, porque no lo sentía y nada me pudo consolar, porque ya no encontré los ojos de los que me había enamorado y a los que les había creído, ni tus brazos fuertes, ni tus manos suaves. Ni a vos. Ya no eras vos. Ya no estabas.

Mientras te deformabas y te fuiste yendo, mi depresión fue regresando fuertemente. Empecé a empeorar sutilmente. Aún no sé por qué esa compañera de toda mi vida volvió tan agónicamente, quizás fue porque me di cuenta que esta vez realmente ya no ya no tenía nada para dar, porque todo te lo había dado a vos.

Recuerdo que mi alma se fue muriendo de a poco. Comencé a dejar de cantar, de leer, de comer. Ya no hablaba con nadie y cuando me preguntaba a mi misma qué hacía yo en este mundo, no me sabía responder.

La llama de la tristeza surgió tan viva en mí que ni mil años de agua la hubiesen podido apagar. Lloré todas las noches, con la esperanza de que alguna vez alguien (y con la fe escondida que ese alguien fueras vos) escuchara mis gritos mudos , ahogados en mi almohada o mi corazón hecho añicos o simplemente la tristeza de mi alma. Pero jamás nadie apareció, ni por casualidad. Entonces, me di cuenta que el mundo puede ser realmente cruel, tanto que ni yo, ni la más profunda tristeza en mis ojos o las lágrimas a punto de rebalsar en ellos, importaban. Sin embargo cada noche busqué contradecir ese pensamiento.

A pesar de esto, mi esperanza en vos nunca cesó, la fe en que volvieras a convertirte al menos en humano, tal vez es porque siempre fui de las personas que creen. Siempre creí en las personas, en las nuevas oportunidades, en el mundo, y en que lo mejor podía llegar en cualquier momento. Pero el problema fue que nunca creí en mí y ya no había nadie que lo hiciera, porque el único que lo hacía, eras vos.

Me voy, pero esta vez no sólo fuera de mi mente, sino también fuera de mi cuerpo.

Tome unas pastillas para dormir y pienso dormir para siempre, ya que en realidad no creo que haya mucha diferencia, porque me pasé la vida durmiendo en vida y viviendo en sueños.